ROBERT PLUNKET

LOS PAPELES DE HARDING

Traducción del inglés de Regina López Muñoz

IMPEDIMENTA

1

Tengo que reconocer que fue idea de la señora Biersdorf; de Eve. Si no llega a ser por ella, quién sabe cuánto tiempo habría durado yo allí. Quizá hubiera vagado por Los Ángeles todo el verano hasta pulirme el dinero de la beca sin haber sacado nada más que un bronceado envidiable.

Debíamos de formar una extraña pareja, plantados en el mirador panorámico a unos cincuenta metros calle arriba de la casa de Kinney. Hacía la clásica mañana sofocante del sur de California, con el termómetro ya por encima de los treinta grados y subiendo. «Calor seco», lo llaman, pero aun así yo notaba la camisa de algodón grueso pegada a la espalda. Me aflojé la corbata. Eve, que estaba aclimatada y lucía un elegante conjunto de tenista, lo llevaba un poco mejor.

Andábamos enredando con el «kit del espía» que habíamos armado con artilugios que encontramos arrumbados en el estudio de Pete. Eve miraba por los prismáticos mientras yo intentaba averiguar cómo cargar la Polaroid. No tenía ni idea de qué iba a fotografiar exactamente, pero Eve había insistido en que la llevara.

Lo cierto es que en los últimos tres días había pasado tantas veces por delante de la casa que me la había aprendido de memoria. Y

tampoco es que hubiera gran cosa que ver; apenas un largo muro de estuco medio pelado con una verja de hierro forjado cubierta de óxido. Junto a ella, una construcción de pequeñas dimensiones —una casita para invitados, me figuré—; la vivienda principal, en cambio, resultaba invisible a través de la exuberante vegetación, salvo por un atisbo ocasional de las tejas rojas del tejado.

Eve concentraba toda su atención —y los prismáticos— en la casita de invitados.

—Están todas las cortinas echadas —informó.

En eso ya me había fijado yo el primer día, por supuesto. De hecho, por la mañana estuvieron descorridas y luego, cuando volví después de almorzar para reanudar la vigilancia, ya no lo estaban. Un detalle al que no di importancia en aquel momento.

—Veo varias cajas amontonadas —añadió—. Y hay algo en el centro de la habitación. Una escalerilla, parece.

Me llamó la atención un coche que circulaba ladera abajo, directo hacia nosotros. Bien sabe Dios que tenía motivos de sobra para estar paranoico después de tanto merodear por el barrio. Había leído que aquella área, que ciertamente parecía cara («muy en la onda pero muy poco chic», me había dicho Eve), estaba patrullada por coches de la secreta, algunos de los cuales llevaban a bordo feroces perros de presa.

—¿Sabes lo que parece? —dijo Eve, bajando los prismáticos y arrugando el ceño—. Parece que alguien se esté mudando.

El coche, cada vez más cerca, tomaba las curvas cerradas entre nubes de polvo amarillo. Estaba a punto de proponer que cambiáramos de posición un ratito cuando Eve soltó un chillido y me agarró del brazo con tanta fuerza que temí que me dejara un moratón. Di un respingo, asustado por si había visto una serpiente de cascabel.

—¡Ya lo tengo, ya lo tengo! —exclamó.

—¿El qué?

Se quedó muy quieta y me miró fijamente; su rostro era la viva imagen del entusiasmo.

—Pregunta si puedes alquilar la casita de invitados. Es evidente que alguien se está yendo. ¡Y serás el primero en llegar!

Era una de esas ideas brillantes que parecen encajar de inmediato. La solución perfecta, sencilla y clara. Resolvía un millón de problemas. Dios bendito, cuando pensaba en algunos de los planes que yo había estado tramando: el pariente lejano, el asesor fiscal…

Nos apretujamos en mi Mustang de alquiler, hiperventilando de la emoción, y nos pusimos a dar vueltas sin rumbo mientras madurábamos la idea y le buscábamos fallos. Por supuesto, podría no salir bien —¡cuántas variables cabían!—, pero si funcionaba…

Ponerme en contacto con Eve estaba resultando ser un comienzo maravilloso. No solo era una fuente inagotable de ideas, ¡sino que había conocido personalmente a la anciana! Al parecer, antes de su último matrimonio, Eve había sido asistente ejecutiva de un pez gordo creativo de la Paramount, por la época en que se rodaba *Chinatown.* Eve dedicaba todo su tiempo a desglosar presupuestos, pero no paró de dar la tabarra hasta que la dejaron buscar localizaciones también. El mayor problema radicaba en la mansión de Faye Dunaway; todo lo que visitaban les parecía demasiado moderno, remozado en exceso, hasta que alguien se acordó de una vieja mansión de estilo español situada justo debajo del letrero de Hollywood. La gran actriz Norma Talmadge la había mandado construir en 1929, justo antes de que su debut en el cine sonoro revelara un acento de Brooklyn tan incorregible para cualquier logopeda que se vio abocada a una jubilación anticipada a la que siguió un matrimonio problemático con George Jessel, el apodado General Maestro de Ceremonias.

El caso es que Eve vio unas fotos de la casa en una vieja revista de arquitectura y le pareció perfecta, «clásico estilo español hollywoodiense», según sus propias palabras. Tras un poco de trabajo de campo, averiguó que pertenecía a una señora mayor llamada Rebekah Kinney. Eve la describía tal que así: «Muy mayor, muy mezquina, y tonta… Aunque no tanto como parece». Pero la señora Kinney pedía demasiado dinero y, tras varias reuniones infructuosas, encontraron otro casoplón en Pasadena casi igual de bueno, y ese fue el que utilizaron.

Eve llevaba casi quince años en California. Era la amiga más antigua y más querida de mi madre, que la adoraba, y había mantenido

aquella amistad a lo largo de matrimonios, empleos, *liftings* (que Eve era la primera en admitir), etcétera. Mi madre consideraba que Eve era la persona más glamurosa que había conocido jamás, y puede que no se equivocara.

Y ahora por fin había conquistado la cumbre: matrimonio con un productor cinematográfico, casa en Beverly Hills, un tren de vida rutilante con almuerzos en compañía de estrellas, el lote completo. Ahora que Eve había triunfado, mi madre se sentía resarcida y coleccionaba recortes de prensa sobre las películas del esposo de su amiga. Al fin y al cabo, la había apoyado a las duras y a las maduras y por fin veía la recompensa.

Y las hubo bien duras. Como aquella vez que Eve se marchó a Guatemala un invierno para estudiar arqueología con un acuerdo de divorcio bajo el brazo y se lio con un contable autóctono que desfalcó a su empresa para comprarle un Lincoln. Mi padre, que nunca la había tragado, tuvo que mandarle un giro para que pudiera reservar un pasaje de regreso a Pittsburgh, y Eve se presentó en nuestra casa en plena noche, histérica y con la Interpol pisándole los talones. Se corrió un tupido velo sobre el asunto y, después de una temporadita de descanso y recuperación, Eve se fue a Nueva York para meter cabeza en el sector editorial.

En vista de que la única otra persona que yo conocía en «tierras meridionales» era un tedioso especialista en química con el que había hecho atletismo en Harvard, nada más llegar llamé a Eve y ella me invitó a cenar. Estábamos los dos solos —su cuarto esposo, el famoso Pete, estaba «en The Springs»— y, aunque llevábamos veinte años sin vernos, congeniamos de inmediato. Con la segunda botella de vino me confié a ella.

La decepción de no estar compartiendo mesa con ninguna estrella se desvaneció por completo cuando me enteré de que Eve conocía personalmente a la razón que me había conducido al sur de California. Y a ella, por su parte, le asombró descubrir que la anciana señora Kinney, con sus gafas de sol de estrás y su silla de ruedas chirriante, no solo había sido amante de un presidente, sino que le había dado una hija ilegítima y, para colmo de males, luego había escrito un *best seller* sobre el asunto.

Eve se apresuró a señalar que Warren Harding era «muy muy» anterior a su generación. Yo no estaba tan seguro. El presidente murió, en funciones, en 1923. En cuanto a la señora Kinney…

—¡Dios santo, debe de tener más de cien años!

—Ochenta y pico —la corregí.

En realidad era varios años más joven que mi propio abuelo, que vivía tan feliz, según todos los informes, en una residencia en las afueras de Worcester (Massachusetts).

—¿Cómo es posible que yo no lo supiera? —protestó Eve.

Me di cuenta de que la verdadera razón de su fastidio era no haber estado al tanto de aquel chisme tan goloso. «Sé dónde están enterrados todos los cadáveres», había comentado ese mismo día en más de una ocasión.

La ignorancia de Eve con respecto a la anciana era una señal alentadora.

—Al menos nadie más lo sabe —concluyó, para consuelo de ambos.

Cuanto mayor fuera el secreto, más colosal la exclusiva.

Porque el descubrimiento de que la anciana seguía viva amenazaba con echar por tierra el libro que yo tenía en mente. Era la última persona cercana a Harding que quedaba. Solo ella podría refutar todas mis teorías tan meticulosamente pergeñadas. Solo ella sabía la verdad. Solo ella tenía todas las respuestas.

Y eran respuestas a preguntas muy importantes. ¿Qué fue de la hija que tuvo de Harding, Blanche Marie, cuya estabilidad económica fue la presunta razón que la llevó a escribir *El precio del amor,* el superventas clandestino que sembró el escándalo en la segunda mitad de la década de los veinte? ¿Vivía aún? ¿Qué tenía que decir sobre todo esto? Al fin y al cabo, era la hija de un presidente de los Estados Unidos. Siempre y cuando se diera por bueno lo que afirmaba la vieja, claro.

El caso es que así era. Historiadores más reputados que yo aceptaban su versión. Existían cartas (no muchas) y varios testimonios —a regañadientes y extraoficiales— de allegados de Harding ya fallecidos que confirmaban el romance. Pero, si en otros tiempos había puesto tanto ahínco a la hora de reivindicar los

derechos legítimos de su hija, ¿por qué ahora daba la espalda a la cuestión? ¿Y qué sabía ella de los escándalos que marcaron como una plaga el mandato de Harding, o de sus curiosos últimos días y su misteriosa muerte?

Y, lo más importante de todo, ¿obraba en su poder algún tipo de material, cartas, papeles? Tantos documentos había destruido la Duquesa, la arrogante esposa de Harding, que la rúbrica de su marido era con diferencia la más valiosa de cualquier presidente desde Lincoln.

Fue mi mayor rival, Paterson Decker, de Yale, quien la localizó (o más bien quien se topó con ella de pura chiripa, sin que mediara ningún mérito por su parte). Especializarse en Harding nunca ha sido la vocación de muchos historiadores, de ahí que Decker y yo dispongamos del campo prácticamente para nosotros solos. Mantenemos una relación cordial pero competitiva. Tengo la sensación de que mi juventud y mi ambición le ofenden. Me han referido desafortunados comentarios suyos acerca de mis «cualificaciones». No pretendo aburrir al lector con una disputa irrelevante entre un par de eruditos trasnochados, ni extenderme acerca de mi formación académica. Baste decir que doy clase tanto en el Mercy College como en la New School; creo que los hechos hablan por sí solos. Y soy el primero en reconocer que las contribuciones de Decker a la «hardingología» han sido inmensas y que las acusaciones de capciosidad que en ocasiones se vierten contra su trabajo son en gran medida inmerecidas.

Decker escribió una monografía interesante, si bien (para mi gusto) intelectualmente pobre (*Journal of Historical Research,* junio de 1970), en la que calificaba a Rebekah Kinney de «intrusa histórica [que] se abrió camino a codazos en los libros de historia», copando el espacio de los «personajes históricos» que de veras lo merecían. Su teoría, si no me equivoco, es que dichos «intrusos» ofuscan y embrollan la historia, y que aunque algunos, por importancia, merecen un estudio limitado, en el fondo son incordios fáciles de desestimar. Más alborotadores históricos que identifica Decker: Whittaker Chambers, el papa Urbano III, John Wilkes Booth y Lord Birchall, médico personal y confidente

de la reina Isabel, cuya detención en 1601 por lenocinio dio lugar a la primera definición legal del término.

Así pues, no es de extrañar que lo que llevó a Decker a dar con el paradero de la señora Kinney fuera un estrafalario accidente: para colmo de bochornos, ¡resulta que la mujer aparecía en el listín telefónico! Decker tenía constancia de que en 1937 Kinney se encontraba en Dover (Delaware), donde regentaba una modesta tintorería llamada Tact Cleaners, pero de los cuarenta y tantos años siguientes nada sabía. Hasta el año pasado, cuando participó en un congreso en la University of South California. Estaba hojeando la guía telefónica de Los Ángeles en busca del número de un colega (un tal profesor Kinsey que se había ofrecido a llevarlo al aeropuerto) cuando le salió al paso por casualidad el inconfundible nombre de Rebekah Kinney. Una investigación apresurada y —según tengo entendido— muy cara por parte de un «detective privado» confirmó que la Rebekah Kinney que residía en el 6701 de Casino Drive era efectivamente una octogenaria.

Exprimí a Eve para que me diera más información, pero no fue de gran ayuda. Ella nunca había llegado a poner un pie en la casa. Las negociaciones con la anciana tuvieron lugar en una galería protegida por mosquiteras, y lo único que recordaba era «un montón de mobiliario de jardín roto y un ventilador que sonaba como un DC-3».

—¿Paterson Decker la ha conocido? —quiso saber Eve.

Le conté la versión que a mí me había llegado por rumores: dos cartas sin contestación y, por fin, a guisa de respuesta a la tercera misiva, dos frases en las que Kinney le aseguraba que no tenía ni idea de lo que le estaba hablando y que por favor dejara de molestarla, que ella era viuda y vivía sola.

Eve caviló mis palabras.

—Igual es otra Rebekah Kinney. Podría ser, ¿no?

—No, era ella, seguro. Tenemos pruebas.

—¿Pruebas?

Hice una pausa dramática.

—Justo después de la última carta, Kinney solicitó que su número de teléfono no apareciera en la guía.

—¡Ajá! —exclamó Eve con el semblante iluminado; esa táctica no le resultaba ajena—. Pero ¿por qué tiró la toalla Decker?

—¿Y qué iba a hacer? La mujer no quiso saber nada de él. Y Decker no es la clase de persona capaz de meterse ahí a base de embustes.

—¿Y tú sí eres capaz?

—¿De mentir? Mira: yo, por hacerme con esos papeles, violaría y expoliaría.

—Dios —respondió Eve, y por un momento pensé que me tomaba en serio.

Mi primer empleo tras terminar la facultad fue en un conocido zoo del área metropolitana. Teóricamente era «ayudante del director», pero en realidad me ocupaba sobre todo de tareas administrativas, además de algún fin de semana haciendo de niñera de animales caros en estado de buena esperanza que requerían una vigilancia permanente. Por fortuna, a mis superiores les caí en gracia y pronto me convertí en su ojito derecho. Tras varios años de ascensos constantes, me nombraron director de desarrollo y me asignaron una abultada cuenta de gastos y acceso a los vehículos del zoológico. Era un puesto bastante agradable. Tenía a cinco personas a mis órdenes: otro joven que se encargaba de la campaña de correo directo, una mujer mayor que estaba al frente de las subvenciones gubernamentales y los mecenazgos de fundaciones, y tres secretarias. En realidad solo necesitábamos dos, pero la tercera era la hija de un politicastro local a la que contrataron por razones obvias, a pesar de que no brillaba por sus aptitudes.

Yo supervisaba las operaciones de todo el departamento, como es natural, pero mi especialidad era hablar con ricachones, en particular con herederos de grandes fortunas. En una ocasión le saqué un buen pellizco a un director de orquesta; la mayoría del dinero que embolsábamos era tan antiguo que teníamos que quitarle el polvo antes de guardarlo. Mi mayor golpe lo di con apenas veinticinco años. Quedé para almorzar con cierta señora de X (la ética de la recaudación de fondos me impide dar su nombre) y a los postres

ya tenía en la saca un cheque de cincuenta mil dólares, que se destinó a lograr que una parte del césped recordara más a la sabana africana. Por aquella pequeña hazaña fui elegido empleado del año y recibí una placa que aún conservo en alguna parte.

Ahora, de pie en el salón de la mansión, a la espera de reunirme con la querida de Warren Harding, se me venía a la memoria el almuerzo con la señora de X. Pan comido había sido aquello. La verdad sea dicha: estaba muerto de miedo.

Eve se había despedido de mí en la puerta cinco minutos antes. Me prodigó una ristra de consejos de última hora sobre las prácticas de alquiler en California y, tras darme instrucciones para que me reuniera con ella bajo un arbusto tropical gigantesco, aunque apenas visible a través del esmog, se marchó, sacando la mano por la ventanilla en un último gesto de despedida hasta que una curva pronunciada la obligó a sujetar de nuevo el volante.

Pulsé el timbre oxidado y esperé. No había interfono; lo que sí encontré fue un folleto desteñido por el sol y remetido en una grieta de la pared que ofrecía mantenimiento de piscinas a precio de ganga. Al cabo de un rato empecé a sospechar que el timbre no funcionaba.

Entonces apareció una mujer y me dio un leve vuelco el corazón. Se acercó a todo correr por el caminillo con los brazos cruzados sobre los pechos para que no zangolotearan con la carrera. Llevaba unos pantalones rojos y una blusa roja, casi a juego pero no del todo, por lo que resultaba un pelín complicado mirarla de frente. Me pregunté qué rol desempeñaría en la casa, pero se fue acercando y su tez morena la delató: debía de ser algo así como una chacha mexicana.

Mantuvimos una torpe conversación a través de la verja. A juzgar por su dominio de la lengua inglesa, diría que se había apeado del autobús de Guadalajara unas siete horas antes. Aun así, fue bastante cordial y, cuando mencioné a «la señora Kinney» en español, sus ojos se iluminaron y me abrió. Tuve la sensación de que no pasaban por allí visitas inesperadas muy a menudo y de que probablemente yo iba a ser el punto álgido de su día, si no de su semana.

La seguí hasta el final del caminillo y eché el primer vistazo en condiciones a la finca. Era distinta a como me la esperaba. El sendero torcía a la derecha y continuaba, supuse, hasta una cochera en la parte trasera de la casa. Justo a nuestra izquierda, detrás de un murete de estuco, había una bonita piscina. O, mejor dicho, los restos de una bonita piscina. Parecía que nadie la hubiera llenado en la última década. El fondo estaba sembrado de hojas de eucalipto y palmas marrones. En la cabecera había una rana enorme de cerámica verde. En otros tiempos debió de salirle agua por la boca, pero ahora estaba llena de polvo y le faltaba un trozo de cabeza.

Detrás de nosotros, a la izquierda, estaba la casa de invitados. Desde este lado de la verja tenía un aspecto encantador —como una casita de campo en Granada—, aunque tirando a maltrecho. Le hacía falta una mano de pintura y que alguien quitara el avispero que había encima de la puerta antes de que yo me aventurase a entrar. Pero tenía un porche precioso, una especie de terraza, en realidad, con vistas a la piscina. En la terraza había un parque para bebés repleto de juguetes.

Ahora, mal que nos pese, centremos nuestra atención en la casa principal. Resulta que algo entiendo de diseño, y les garantizo que no me equivoco al afirmar que aquello no era la joya que Eve me había hecho creer. De hecho, si me permiten la digresión, les diré que la casa era una grave malinterpretación de prácticamente todos los elementos de la arquitectura española que uno pueda imaginar.

En primer lugar, la forma. No era más que una caja de zapatos alargada, con un rosario de artificios dispuestos de cualquier manera. Dominaba la planta baja una galería con columnas tan poco proporcionada que bloqueaba toda la luz natural. Las recargadas barandillas de hierro forjado de las ventanas de la primera planta se disputaban la atención con el balcón de madera, pintoresco y de una estrechez imposible, que recorría todo el edificio. No sé qué pretendían hacer en ese balcón; dar largos paseos en fila india, quizá. Varios faroles oxidados y unos elementos que creo que reciben el nombre de *torchères* salpicaban la fachada a

intervalos regulares, y encajado en uno de los extremos había un porche cerrado concebido para semejar una capillita.

La chacha me guio a través de una puerta de madera tallada tan maciza que tuve que ayudarla a empujar. De pronto nos encontrábamos en un recibidor lóbrego. Una escalinata de piedra describía una curva en su ascenso al primer piso, justo a continuación de una ventana inmensa color ámbar con una vidriera en la que varios mexicanos ejecutaban algo así como una danza folclórica en la que también participaba una gallina.

Atravesamos el vestíbulo y bajamos unos peldaños hasta una sala de estar aún más oscura. Antes de que mis ojos se acostumbraran a la penumbra, me di cuenta de que la criada me había abandonado y me encontraba solo.

Unos pocos resquicios de luz lograban colarse bajo las pesadas cortinas de terciopelo rojo que colgaban de unas barras terminadas en punta de lanza. Al cabo de un momento distinguí, esparcidos por la estancia más o menos al azar, unos muebles de ese estilo tan popular allá por la década de los cincuenta: sofás sin reposabrazos tapizados en una tela nudosa atravesada por hilos metálicos. En California nunca llegaron a ponerse de moda, probablemente porque cuando te sientas en uno de ellos con pantalones cortos te sale un sarpullido en los muslos. Por encima de la chimenea, un galeón en bajorrelieve navegaba hacia el oeste, en dirección a Santa Mónica. Del techo de vigas colgaba una lámpara de araña con forma de rueda de carreta. Y en el suelo había una alfombra oriental de grandes dimensiones. Columbré que era oriental porque tenía dibujos del Taj Mahal por todas partes.

No había nada que hacer, salvo quedarme muy quieto y aguzar el oído para captar sonidos. Al cabo de un rato largo percibí algo: un fuerte traqueteo procedente del suelo de baldosas del vestíbulo. Una octogenaria no podía estar armando tal jaleo; concluí que debía de ser la chacha, que volvía con malas noticias (no sin antes cambiarse de zapatos, probablemente a tenor de alguna costumbre mexicana que yo desconocía).

En un abrir y cerrar de ojos se resolvió el misterio. Un par de zuecos entraron trastabillando en la sala y aparcaron en lo alto

de los peldaños, calzados por una muchacha gorda y pelirroja de melena revuelta. Agitaba en el aire un par de manos rechonchas como si se las estuviera secando.

«¿Y esta quién demonios es?», pensé. Dios mío, vaya facha. Llevaba unos pantalones bombachos de paracaidista de color verde, de esos que se ajustan al tobillo, una camiseta amarilla de publicidad de un bar en Ensenada, un collar de perlas y varios fulares al cuello, y en las muñecas un montón de pulseras de plástico que no hacían más que alimentar el bullicio general.

—Perdón por tardar tanto —dijo amusgando los ojos y revelando unas encías prominentes—. Estaba atrás, dando un baño de poliuretano a un cactus muerto. Acompáñeme, que le enseño dónde están los bártulos.

Se produjo una conversación breve y desconcertante. Por lo visto, me tomaba por un empleado de la empresa de mudanzas Bekins y pensaba que estaba allí para cerrar un presupuesto por almacenamiento. Intenté aclarar el malentendido.

—Me llamo Elliot Weiner —empecé, y acto seguido olvidé el resto de mi perorata. La comida con la señora de X había sido un paseo comparado con esto. Me agarré a un clavo ardiendo—. Tienen una piscina estupenda.

—¿Esa piscina? Si es un estercolero.

—Pero podría ser estupenda. Con un poco de esfuerzo.

—Pues conmigo que no cuenten.

Tuve la sensación de que la chica estaba poniendo en práctica algún tipo de cursillo de reafirmación personal. Probé con otra táctica.

—Conque se muda.

—Sí, me mudo.

—En ese caso…, me preguntaba si la casa de invitados se alquila.

Se quedó perpleja.

—¿La casa de invitados? No tenemos casa de invitados.

—La casita. Esa de ahí —señalé.

—Ah, la casa de la piscina. Es la casa de la piscina, no una casa para invitados.

—Pero se muda usted de ahí, ¿no?

—No, de ahí no. Me mudo de aquí. —Señaló el suelo de la sala de estar.

—¿Y la casa de la piscina está vacía? ¿No vive nadie allí?

Me miró tal que si estuviera chiflado.

—Por supuesto que no. Es la casa de la piscina.

Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza, como se suele hacer cuando no te queda otra que bregar con un imbécil.

No me estaba luciendo, y lo sabía. Por suerte, en ese momento, como ocurre a veces en medio de una crisis, una gran calma se adueñó de mí, y en vez de venirme abajo me volví lúcido, racional y absolutamente encantador. Le conté que acababa de llegar a la ciudad para cursar un posgrado en la UCLA (en Filología), que por casualidad había pasado en coche junto a la casa y había sido un flechazo, me había fijado en las cortinas, había llamado al timbre y allí estaba. Añadí que aborrecía la música alta, que casi nunca recibía visitas, que necesitaba un lugar tranquilo para escribir disertaciones y artículos, y que un inquilino varón acarreaba ventajas en cuanto a seguridad. Casi veía los engranajes de su cerebrito en movimiento. Me lancé, ya sin atisbo de pudor: referencias impecables de un productor cinematográfico de Beverly Hills…

Se mordisqueó una uña.

—Nunca hemos hecho nada de eso. Me refiero a alquilar.

Pero la posibilidad parecía intrigarle. Hablaba como una chica californiana de pura cepa, sin entonación y con muchas consonantes líquidas.

—¡Ni yo! —convine—. ¡Imagínese, presentarse así, a puerta fría! —Hice un ademán temerario agitando las manos en el aire con el que debí de conquistarla, porque se rio—. ¿De quién es esta casa, a todo esto?

—De mi abuela. Pero ella está muy mayor. No sale nunca.

—Quizá podría usted preguntarle. Podría hablarle bien de mí.

Me escudriñó.

—Quizá podría.

Quedamos en que volviera al día siguiente a las doce para conocer el veredicto de la abuela. Una vez despachado el asunto, la

muchacha se ablandaba por momentos. Le pregunté adónde se mudaba.

—A una caravana en Torrance.

—¿Torrance? ¿Dónde queda?

—Pasado el aeropuerto.

Se produjo una pausa. Era de veras tímida.

—Espero que no vaya a estar muy apretada. —El peor comentario que se le podía hacer a una persona obesa—. En comparación con esta casa tan grande, quiero decir.

—No, qué va, es una caravana estupenda. Toda enmoquetada y con un montón de accesorios. Los vecinos de al lado crían patos, pero a todo se acostumbra una.

En el momento en que regresamos al vestíbulo, camino de la puerta de la casa, se nos acercó gateando por el suelo un niño pálido y robusto engalanado con unos pañales y una camiseta inmunda que decía «Por ahora, todo bien».

La chica se agachó y lo cogió en brazos. Emitieron a la vez unos arrullos y un gorgoteo y ella le plantó un beso en la frente, evitando la boca, que babeaba descontrolada. El crío reaccionó haciendo unos movimientos espasmódicos y arreándole un trompazo en la oreja con su puñito.

—Qué bebé más mono —dije dando un paso atrás—. ¿Es suyo?

La muchacha confirmó que lo era y le propinó unas orgullosas palmaditas en el trasero.

—Uy, uy, uy, me parece que hay que cambiarlo. —Olisqueó—. Confirmado: hay que cambiarlo.

—¿Cómo se llama? —pregunté muy cortés, con la esperanza de que el niño también se mudara a la caravana de Torrance.

La chica le dio otro beso.

—Este es el pequeño Warren —dijo.

Mis amigos me consideran un excéntrico. No me pregunten por qué. A veces creo que es porque les agrada la idea de tener un amigo excéntrico. Aunque estoy dispuesto a reconocer que

algunos de mis hábitos son un tanto extraños, siempre los motiva una razón lógica. Por ejemplo, guardo la basura en la nevera para que no se descomponga debajo del fregadero, y también para que no la asalten las cucarachas. Por supuesto, nada de residuos en papel, solo alimentarios. El papel para tirar lo guardo en el dormitorio de invitados.

En cualquier caso, mi mayor pasión en la vida es la danza Morris. Por si alguno de ustedes nunca ha oído hablar de ella, la danza Morris es un baile folclórico inglés muy antiguo ejecutado únicamente por hombres. Puede llegar a ser bastante salvaje porque implica blandir palos en el aire. Entre los bailarines de Morris se crea un maravilloso sentimiento de camaradería y, por lo general, después de los ensayos tomamos unas copas juntos. A veces, demasiadas. Alistair Cooke definió en una ocasión la danza Morris como «*rugby* para amanerados»; me parece una caracterización injusta.

Ninguno de los integrantes de mi grupo de danza Morris es especialmente amanerado. La mayoría son gente del montón: hay un dentista, dos abogados (uno de ellos, de oficio), cuatro o cinco estudiantes de licenciatura, un diapotecario del Brooklyn College, un chelista coreano… Los bailes son de lo más elaborado. Con tanta cachava, un paso en falso puede implicar una hemorragia nasal o algo peor, de modo que dedicamos muchas horas a los ensayos. En temporada (de abril a octubre, aunque hay un pico de demanda el Primero de Mayo) hemos llegado a actuar nada menos que tres veces en un fin de semana, a menudo en festivales artísticos, fiestas vecinales, certámenes de bailes tradicionales y cosas así. Nos hacemos llamar Stratford Morris Men y somos una asociación sin ánimo de lucro, lo que abre la puerta a recibir subvenciones. Aunque por el momento no habido suerte, la verdad. El año pasado nos presentamos a una del Consejo de las Artes del Estado de Nueva York y mandaron a una mujer a «auditar» una de nuestras actuaciones. Se limitó a sentarse al fondo y reírse de las pifias.

Dado que ostento el cargo de vicepresidente y agente de contratación de los SMM, era un poco reacio a pasar el verano en Los Ángeles, donde ni siquiera hay sede de la Asociación Estadounidense de Danza Morris. Por si fuera poco, me vi obligado

a enseñarle mi solo, un maravilloso número que encandila al público, al coreano, que en mi opinión no le hace justicia. Para colmo, tuve que subarrendar mi apartamento, uno de esos enormes «hallazgos» del West Side, a tres chicas de Texas que seguramente nunca cambiarán las sábanas. Tendrían que haber oído los chillidos que soltaron cuando les pedí una fianza de doscientos cincuenta dólares por el teléfono. Fue verlas y saber que hablaban por los codos.

Y, por supuesto, iba a echar de menos a Pam. Pam es mi novia. Trabaja en la Fundación Ford, donde supervisa programas relacionados con la tercera edad, la mujer y el maltrato infantil. Un trabajo ideal, pero ella lo odia.

Pam es algo mayor que yo, tiene treinta y cinco años, y le aterra acabar convirtiéndose en una de esas mujeres que se pasean por el Village vestidas con un jersey negro de cuello vuelto, un puñado de abalorios navajo y el pelo recogido en un moño, y que asisten a un sinfín de reuniones sobre problemas sociales. Francamente, a mí también.

Sin embargo, tiene muchas cualidades maravillosas. Barajamos vivir juntos, pero lo hemos descartado. Tiene gracia la importancia que cobran siempre las pequeñas cosas. Por ejemplo, yo no concilio el sueño sin el runrún de la tele encendida y ella no puede dormirse con él de fondo. Total, que cada uno en su casa.

Nos conocimos en un seminario sobre recaudación de fondos en Niagara Falls. Yo hablaba del uso eficaz del voluntariado y ella de qué contenido incluir en un folleto. Al principio nos odiamos. Le dijo a alguien que yo le recordaba a George Hamilton. Luego, por una serie de circunstancias, nos obligaron a moderar mano a mano una mesa redonda sobre rifas y sorteos. Lo hicimos tan mal que cuando acabamos nos fuimos de copas para compadecernos, y ahí fue cuando descubrimos que teníamos un montón de cosas en común, entre ellas el hecho de que nuestros hermanos acudieron al mismo campamento de baloncesto, aunque no simultáneamente. Su hermano se llama Ira. Yo lo llamo Iracundo, un apodo que él finge que lo saca de sus casillas. Lo vemos mucho menos de lo que deberíamos.

Aquella noche llamé a Pam para contarle las novedades y pedirle consejo. El descubrimiento del bisnieto de Harding era un notición en sí mismo que quizá ya valiera por todo el viaje. ¿Cómo debía gestionarlo?

Desde luego, Eve no se había mostrado lo que se dice impresionada. Le pareció mala señal que no hubiéramos dirimido el asunto en el momento. La señora Kinney desbarataría todo el plan, me dijo, ya verás. La parte de la historia que más le interesó fue la de la alfombra oriental. «No es oriental, es china —corrigió—, y conozco a un marchante en Melrose que mataría por ella.» Incluso sugirió que tal vez podría acompañarme a la mañana siguiente. Acabé pidiéndole educadamente que se callara.

Pam, al menos, fue consciente de la importancia de mi descubrimiento. «Pero no digas nada a nadie por ahora», me aconsejó. «Acuérdate de lo que le pasó a Paterson Decker.»

Nos despedimos por temor al importe de la factura telefónica. Los palotes de caramelo de la máquina expendedora del motel me estaban sentando como un tiro y pasé tres cuartas partes de la noche tumbado en el suelo del baño con retortijones.

Sospecho que los nervios desempeñaban un papel importante. La idea de conocer a una leyenda viva no ayuda precisamente a conciliar el sueño. Y era tan mayor… Eso me tenía muy preocupado. ¿Y si había perdido facultades? ¿Y si tenía una discapacidad auditiva? Cuántas cosas podían salir mal antes de que yo llegara siquiera a la primera base.

A falta de Valium, me tomé un par de Sinutabs con un sorbito de jarabe antiácido. Ese mejunje me deja fuera de combate al instante. Luego planché una camisa apoyándola en la cómoda y volví a la cama.

Le había dado muchas vueltas a la cuestión del atuendo y al final me decidí por mi chaqueta de *tweed*. Me había costado más de doscientos cincuenta dólares y estaba orgullosísimo de él; además, era una prenda muy conservadora y distinguida, y soy de la opinión de que uno nunca aparenta ser demasiado conservador o

distinguido en lo que respecta a caseros, entrevistas de trabajo y comparecencias ante un tribunal.

Por otro lado, como había leído varias veces *El precio del amor,* sabía la importancia que Rebekah Kinney le concedía a la vestimenta. Cada vez que sucedía algo relevante, sistemáticamente describía la ropa que llevaba puesta en ese momento, dónde la había comprado, cuánto había costado. H. L. Mencken llegó a definirlo como «un libro sobre moda». A juzgar por las fotografías, calificaría su gusto de refinado y caro.

Todo eso quedaba muy atrás. Aquel día, cuando la nieta empujó la silla de ruedas hasta el salón de la primera planta, Rebekah Kinney lucía unos pantalones pesqueros blancos y una blusa con estampado rojo y blanco. Parecía que alguien la hubiera usado para limpiar la escena de un grotesco accidente de tráfico. En la cabeza llevaba una gorra de golfista con cuatro *tees* de plástico —rojo, verde, azul y amarillo— cosidos a la visera.

Me quedé un poco chafado. ¿Esa era la mujer que yo había recorrido cinco mil kilómetros para ver? ¿Esa era la glamurosa Rebekah Kinney, condenada desde el hemiciclo del Senado de los Estados Unidos por ser una «vividora desvergonzada»?

—El calor que estará pasando con esa chaqueta —graznó.

—Qué va, estoy estupendamente —repuse.

No podía apartar los ojos de sus espinillas. Eran blancas como la leche, con venas azuladas y la piel descamada.

—Pues se lo ve asado.

—Déjalo en paz, abuela.

—Yo siempre me visto para no pasar calor —farfulló toda orgullosa—. Siéntese.

Miré a mi alrededor en busca de un sitio donde acomodarme, completamente humillado. Había un canapé contra una pared. Me senté en el borde.

Dios santo, era un carcamal. No detectaba ningún parecido entre las fotografías de la joven Rebekah Kinney, que había sido una belleza, y aquella arpía de la silla de ruedas.

Para empezar, era diminuta. Esquelética. Debía de haber menguado con los años. La cabeza, sobre todo; ahora sus orejas

parecían enormes. Sus brazos y piernas eran como cerillas minúsculas.

Con todo, había algo en sus ojos que logré reconocer. Todavía eran azules, luminosos y agudos; pero también (me percaté de pronto) mezquinos. Pobre nieta. Vivir con ella debía de ser un auténtico calvario.

Esperé a que dijera algo mientras luchaba contra mi propia incomodidad. Parecía a punto de hablar. Cada segundo que pasaba era una eternidad.

—Hay una familia de color en esta misma manzana… —empezó.

Me relajé un poco; al menos íbamos a hablar del mercado inmobiliario.

—Tienen cinco coches. El señor Klotter se voló la tapa de los sesos. No me pregunte por qué. Cosas que pasan.

—Ya lo creo —convine.

—Tenemos avalanchas de lodo… —Se interrumpió y empezó a toquetear una violeta africana. La nieta, al parecer acostumbrada a esta clase de comportamiento, hojeaba una guía de la tele.

Pues nada, una fantasía a tomar viento, me dije; nada de conversaciones desenfadadas tomando el té.

—¿Tiene coche? —preguntó de buenas a primeras.

Mi temor a que me pidiera que la llevara a algún sitio resulta revelador de mi estado de ánimo en aquel momento. Respondí que sí.

—Pues déjelo en la parte de atrás. Junto al garaje. En el caminillo no lo aparque nunca. No me gusta la imagen que da.

¿Significaba eso que me iba a alquilar la casa? No me atrevía a preguntar. Lancé una mirada a la nieta en busca de alguna pista, pero seguía impasible mirando la revista.

—El alquiler, el día uno de cada mes —añadió la anciana—. Puede dejarlo en el buzón o bien dárselo a Guadalupe.

Me pareció que me había perdido algo, que algún detalle muy sutil se me había escapado por un pelo. Era todo demasiado rápido, demasiado repentino. ¿Qué pasaba con la sarta de mentirijillas que me había pasado toda la noche ensayando? ¿No quería referencias? ¿No iba a tener que venderme?

—En fin —dije en el tono de agradable desconcierto de quien acaba de ganar una partida de póquer con una pareja de doses—, supongo que ya está todo dicho.

—Eso es —repuso la vieja—. Todo dicho.

Me puse de pie sin motivo.

—Por cierto, ¿cuánto es el alquiler?

—Ochocientos dólares al mes —dijo, más clara que el agua.

—¿Ochocientos? —Volví a sentarme.

—La luz está incluida.

Eché un vistazo a mi alrededor, desamparado. ¡Ochocientos dólares al mes! Solo un cretino pagaría eso. No estaba dispuesto a pasar de cuatrocientos.

—Yo no puedo pagar un alquiler de ochocientos dólares mensuales —expliqué tajante.

—Usted verá. —Recogió las manos en el regazo—. Es lo que cobro.

—Pero ¡soy estudiante!

La anciana se encogió de hombros.

—No es negociable.

Miré a la nieta, que tenía los ojos fijos en el respaldo de la silla de ruedas.

Hice un cálculo somero. De ninguna de las maneras podía permitírmelo. Consultar mi cuenta del Bank of America unos días atrás había sido una experiencia aleccionadora. Gran parte del dinero de la beca ya me lo había gastado en Dios sabe qué…

Por otro lado, de ninguna de las maneras podía permitirme no alquilarlo. Si así conseguía lo que quería, sería una ganga. Además, ¿cuánto tiempo podía tardar? Con un poco de suerte, me habría largado al cabo de un mes.

—De acuerdo —convine con un suspiro—, ochocientos dólares.

La sonoridad de la cifra me estremeció.

—Entréguele a Jonica un cheque por valor del primer mes y otro de fianza —ordenó la vieja, hundiéndome aún más en la desesperación—. Ella lo acompaña.

* * *

La chica gorda me guio hasta mi nuevo hogar. Se deshizo en disculpas por la actitud de su abuela.

—Le dije que no pidiera tanto, pero ella erre que erre, que sabía lo que se hacía…

—Y tanto que sí —apostillé con amargura.

—¿Y por qué ha aceptado? —preguntó la chica, lanzándome una mirada de preocupación por encima del hombro—. No vale la pena, créame. Es un estercolero.

Con estas palabras resonando en mis oídos nos aproximamos a la casa de la piscina. Alguien había barrido el porche desde la víspera, gesto que me conmovió muy a mi pesar. Entonces me percaté de la presencia del avispero y empecé a echar chispas otra vez. Adivinen quién iba a acabar quitando eso de allí.

Nada más franquear la puerta, accedimos a una estancia de unos seis metros de largo con una moqueta verde salpicada de lamparones. En un extremo había una ventana grande que daba a lo que, en días sin esmog, debía de ser un panorama de Los Ángeles. Una chimenea se alzaba contra la pared oeste, con la repisa de pladur renegrida por el humo. La pared este estaba tapizada con un fotomontaje mural casero de estrellas del *rock and roll.* Se me cayó el alma a los pies. Me di una vuelta para comprobar si la habitación tenía mejor aspecto desde otros ángulos. Y no.

La chica —Jonica— me miraba por el rabillo del ojo. Parecía aterrorizada ante la posibilidad de que me lo pensara mejor.

—Usted podría mejorarlo mucho —comentó al cabo de un momento.

Me quedé mirando el único elemento de mobiliario, un colchón.

—Ese colchón está más limpio de lo que parece.

Le di un toque con la punta del pie.

—Puede usarlo, si quiere.

—No, gracias.

Jonica propuso que viéramos «el resto de la casa». De la estancia principal se salía por dos puertas; tomamos la que quedaba junto a la chimenea. Seguí a Jonica por un estrecho pasillo hasta una pareja de puertas pintadas con aire festivo. Cada una exhibía un

letrero. En uno ponía Pepe; en el otro, María. Dentro había sendos vestuarios: una hilera de ganchos para ropa, un banquito, una ducha y un inodoro (cada uno dentro de un pequeño cubículo); y, en Pepe, un meadero. Los vestuarios estaban decorados con un alicatado de colores virulentos.

Mientras yo comprobaba la presión del agua, Jonica descubrió una rata muerta flotando en uno de los retretes. Con mucho tacto, hizo por tirar de la cadena antes de que yo me diera cuenta, pero el agua empezó a rebalsar y nosotros, pasmados, observamos cómo el roedor alcanzaba la altura de la tapa.

—Esto roza lo repugnante —reconoció Jonica.

Al cabo de unos diez segundos de tensión, el agua comenzó a bajar y la rata desapareció antes de ser regurgitada de nuevo.

—Vamos a echarle un vistazo a la cocina —propuso Jonica.

Se encontraba en el otro extremo de la casa. Volvimos sobre nuestros pasos y atravesamos la sala. Cada vez que Jonica ponía un pie en el suelo temblaban los cimientos.

La cocina era alargada, oscura y estrecha. Los electrodomésticos eran tan viejos que parecían reliquias de una civilización antigua. Ni siquiera alcanzaba a distinguir para qué servían.

—Esos platos los puede usar —dijo Jonica, señalando una deformada vajilla de melamina Melmac que había en la alacena.

—¿Dónde están los dormitorios? —quise saber.

Un gesto de pánico atravesó el semblante de Jonica.

—¿Qué dormitorios? No hay dormitorios.

—Conque esto es todo, ¿eh?

—Hay un cuarto de calderas en el sótano —me informó con un hilo de voz.

—¿Un cuarto de calderas?

—Para el climatizador de la piscina…

—Qué interesante.

Volvimos a la sala de estar; esta vez abría yo la marcha. Examiné el mural. Tenía una capa de poliuretano.

Extendí un cheque por valor de mil seiscientos dólares, sin terminar de creerme lo que me estaba pasando. Una especie de letargo se adueñó de mí cuando Jonica me hizo entrega de las

llaves. Las miré sin entusiasmo; la información acerca de cómo abrir la verja de fuera me entró por un oído y me salió por el otro.

En cuanto me quedé solo, me desplomé en el suelo. Cuando me percaté de que estaba meciéndome adelante y atrás, en una orgía de autocompasión, me obligué a ponerme de pie. Me metí en el coche y fui a Standard Brands, donde compré pintura blanca por valor de cien dólares y un desatascador. Hasta que no estuve de vuelta no caí en la cuenta de que me había olvidado del matarratas.